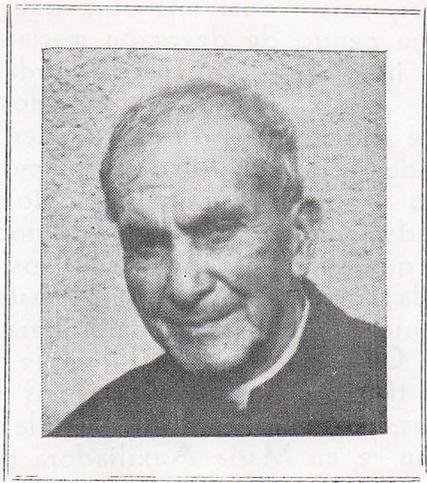


Inspectoría "Sagrado Corazón de Jesús"
Colegio Salesiano "Domingo Savio"
CAYAMBE, Ecuador



Cayambe, 15 de Agosto de 1971

Queridísimos Hermanos:

En la madrugada del 30 de Mayo del presente año Dios quiso llamar a Sí al

R. P. TELMO MANUEL ANDRADE LOPEZ

de 82 años de edad. Su inesperada desaparición dejó sumidos en profundo dolor a cuantos le conocieron. Religioso intachable, sacerdote integérrimo, ciudadano y patriota sincero y ferviente, después de una larga vida que no fue sino una jornada de trabajo nunca interrumpido y de cuidado espiritual y religioso nunca descuidado, el P. Telmo llegó al final con la serenidad del justo y el gozo del "siervo bueno y fiel".

Vivió en la Congregación Salesiana cerca de sesenta años: Manabí, Guayas, Loja, Pichincha, Chimborazo son las provincias ecuatorianas que atestiguan su incansable y fructuosa labor apostólica, sacerdotal y salesiana, y ahora ambicionan el honor de poder conservar sus restos mortales; miles de almas juveniles recibieron de él la savia vivificadora de la enseñanza y de la formación para el bien vivir; otros encontraron en él a un guía seguro e iluminado en el camino de su sacerdocio; a todos amó con bondad extrema y a todos mostró el camino del cielo.

Dios, cuyos designios son inescrutables y providenciales a la vez, lo recogió en plena labor, sin enfermedad larga y molesta que lo privara del consuelo de dedicarse a sus ocupaciones preferidas y entretenerse, hasta en las horas postreras, con sus hermanos y cuantas personas amigas, incluso los chiquitines, se acercacen a él.

Alguien dijo que: "hombres como él merecen ir al cielo sin fatiga, sin agonía penosa y sin lágrimas de pena". Con el P. Telmo desaparece de la Historia Salesiana del Ecuador el exponente más caracterizado y el Salesiano de mayores valores religiosos.



Hijo de Carlos Andrade y Mercedes López, el P. Telmo nació el 21 de Enero de 1889 en Atahualpa - Perucho, provincia de Pichincha, Diócesis de Quito. La figura que más descollaba en la modesta familia era la madre. El Salesiano José Degiovanni que vivió muchos años en el Ecuador y tuvo la suerte de conocerla, la describió como "una mujer que tenía el semblante de niña inocente y el corazón que le afloraba a los labios". Ella moldeó el corazón del futuro sacerdote, aunque no tuvo la dicha de asistir a su primera Misa, pues una enfermedad maligna tronchó prematuramente su existencia. Debe atribuirse sin duda al influjo materno, el que el P. Telmo haya adquirido y conservado por toda su vida cierta nobleza en el porte, energía, fuerza de voluntad y firmeza de carácter, constancia en las empresas y al mismo tiempo una extraordinaria amabilidad, sencillez y dulzura en el trato con los demás.

La Obra Salesiana en el Ecuador, supera-

da la tormenta que se desató contra ella en las postrimerías del siglo XIX, comenzaba con paso firme y seguro su nueva fase de expansión; fue entonces cuando el joven Telmo Andrade, siguiendo los impulsos misteriosos de la Gracia, en Septiembre de 1905 ingresó como alumno en el Colegio "Don Bosco" de Quito.

Enamorado de la vocación salesiana hizo su aspirantado por tres años en el mismo colegio, el año de noviciado en Riobamba, donde recibió la vestición clerical de manos del futuro obispo salesiano P. Domingo Comín; y finalmente el 11 de Noviembre de 1913 emitió su Profesión Religiosa.

Su largo tirocinio se desarrolló en ambientes difíciles; pero sus dotes personales y su amor a la Congregación le ayudaron a salir triunfante de esa prueba. Todavía viven quienes le conocieron joven clérigo, lleno de dinamismo y de una vitalidad exuberante: debe de haber sido así, porque el P. Telmo demostró poseer una excepcional capacidad para el trabajo; el estar en constante actividad era algo que le obsesionaba y le obligaba a no concederse una pausa de descanso, ni siquiera en los últimos días de su vida.

Iniciados sus estudios de teología en Quito, los continuó en Guayaquil, siendo simultáneamente asistente en el Colegio Cristóbal Colón. En esa época escribió la página más brillante de su vida de joven salesiano, pues supo enfrentarse exitosamente con situaciones muy difíciles que pusieron a prueba su capacidad y su valer, mereciéndose las benemerencias de la Congregación y de la sociedad. Completó sus estudios en Italia y recibió la ordenación sacerdotal en Turín el 12 de Junio de 1925. Así llegó a coronar sus aspiraciones, y durante toda su larga existencia conservó la frescura y el fervor de su sacerdocio, manifestándolo especialmente en la celebración, la predicación, la catequesis y el apostolado de las confesiones.

Transcurridos dos años en el Aspirantado de Penango (Italia) como catequista, regresó al Ecuador, donde le esperaba una larga trayectoria de labor salesiana y sacer-

dotal. En 1927 fue enviado a Rocafuerte, Manabí, para fundar una obra que pronto sería un centro de devoción mariana y foco de irradiación cristiana para toda la provincia. El P. Telmo, en sus dos períodos de directorado, dio a conocer la magnitud de su personalidad de sacerdote, salesiano y apóstol; su huella quedó grabada profundamente en el alma de la población, en la que supo infundir auténticos valores de vida cristiana que perduran hasta ahora. Esos inicios fueron muy duros para la pequeña Comunidad; al P. Telmo le tocó regar la tierna planta con amarguras y sufrimientos, hasta ser recluso en la cárcel; pero su fe en María Auxiliadora triunfó.

Transcurrido un período de directorado en el Colegio Santistevan de Guayaquil, fue enviado al Aspirantado de Quito, donde su actuación fue muy beneficiosa (1934-1940). Esa casa vivía en pobreza y penuria de medios materiales. El P. Telmo terminó el acabado de la Capilla y de los locales, consiguió dotarla de lo necesario y superar los difíciles trances económicos por que atravesaba. Fomentó la cooperación de parte de personas amigas y en giras al estilo de Don Bosco consiguió ayudas materiales a la par que difundió el nombre salesiano. Pero lo más importante fue que se demostró verdadero guía de vocaciones y formador de jóvenes aspirantes, dirigiéndolos sabiamente hacia la meta, siendo él mismo ejemplo viviente de salesianidad, piedad, sacrificio y laboriosidad.

Enviado en 1942 a la ciudad de Loja para recibir un legado e iniciar allí una nueva fundación, trabajó incansablemente por cinco años, construyendo un gran edificio y creando ambiente favorable para los Salesianos. Pronto se granjeó la estimación y el aprecio de la ciudadanía que lo demostró en todo momento, pero en forma elocuente otorgándole una valiosa condecoración cuando tuvo que retirarse de esa localidad; y aunque no haya arraigado allí la obra salesiana, es de esperarse que la simiente echada por el P. Telmo en esa provincia germine algún día en forma prometedora.

Desde Loja la labor del P. Andrade se

proyectó hacia la población de Zaruma, en la que dejó asentadas las bases de una obra actualmente muy floreciente.

El período más largo de su vida salesiana lo transcurrió nuestro querido P. Telmo en la Escuela Agrícola de Balzar, de 1950 a 1965: quince largos años, en los que hizo derroche de su profundo espíritu de religiosidad, trabajo, sacrificio y apostolado. Era el padre querido de todos los labriegos, a los cuales brindaba las ternuras de su corazón y la obra eficaz de su ministerio sacerdotal. También contribuyó sobremedida al desarrollo material mediante el aporte de sus conocimientos en el campo de la agricultura, de la botánica, de las artes manuales y caseras. En estas disciplinas era un verdadero talento; sabía realmente de todo: desde la galvanoplastia a la apicultura, desde el modelado a la decoración; en el campo de las ciencias poseía un notable acervo de conocimientos que utilizó para servicio y bien de los demás.

Durante su permanencia en la casa de Balzar lo afectó una creciente sordera que, a pesar de las atenciones requeridas, llegó a convertirse en su cruz y martirio; además del consiguiente malestar físico y nervioso le proporcionaba humillaciones, aislamiento y a veces amargos desalientos y lágrimas. Fue ésta la piedra de toque de su heroica paciencia hasta el fin de la vida. Y en verdad que ésta se acercaba a su término, rica de años y de frutos ubérrimos de bien ante Dios y los hombres.

En 1965 fue enviado a esta casa de formación, en la que transcurrió los últimos seis años de su vida, dejando ejemplos admirables de virtud y santidad. Exacto y cumplido en todo, comenzaba muy temprano su larga jornada, en la que observaba fielmente su minucioso horario de piedad y trabajo; no quería modificaciones o interrupciones en el austero régimen que se había impuesto, ni aceptaba comodidades o halagos personales fuera de lo estrictamente necesario.

No pudiendo por la edad avanzada y la enfermedad ejercer la enseñanza u otros apostolados, el buen P. Telmo transcurría tranquila y humildemente sus días dedica-

do a la horticultura, jardinería y las otras habilidades que eran de su afición. Estas ocupaciones las llevaba a cabo con gran sentido de responsabilidad, considerándolas no un pasatiempo sino un deber cotidiano, que cumplía escrupulosamente para bien de la Casa.

En la medida de sus posibilidades prestábase gustoso para el ministerio sacerdotal; cuando predicaba se notaba, en su acento vibrante e inusitado fervor, que a pesar de los años no se había extinguido en él la robusta fibra del hombre y apóstol convencido de su causa. En sus intervenciones el P. Telmo sostenía con calor y energía aquellos principios doctrinales, religiosos y tradicionalmente salesianos que, según su íntimo sentir, se ajustaban a la verdad. Comprensivo y bondadoso, mostrábase sin embargo visiblemente contrariado ante el desorden, la irregularidad y las anomalías en la marcha de aquello que por regla o por deber ha de ser cumplido a cabalidad.

Delicado de conciencia y criterioso tanto en el manejo del dinero como en el uso y cuidado de las cosas, era muy observante de la pobreza religiosa, procurando vivirla con sencillez y alegre conformidad.

Practicó la obediencia con vivo espíritu de fe y la docilidad de un niño.

La castidad daba el brillo y el tono a su vida y persona, matizando de luz sobrenatural su caridad y entrega al servicio de los demás.

Cultivó con empeño el espíritu de mortificación y penitencia; era sumamente sobrio, limitado en el descanso, entregado al trabajo hasta el cansancio.

Su piedad daba a conocer la profunda vida interior que lo animaba: devotísimo de la Eucaristía, enamorado de María Auxiliadora, apasionado por Don Bosco, difundió incansable y eficazmente estas devociones.

Hombre de gran corazón y caridad, no negaba sus favores a nadie; era el "abuelito" bueno, afable, cordial y cariñoso con todos, amigo de todos y que de todos se ganaba el afecto y la simpatía.

Muy humano y sencillo en la manifestación de sus sentimientos, participaba con gusto a los entretenimientos familiares, rodeado del cariño y veneración de los hermanos y alumnos. Su presencia era frecuentemente requerida por los parientes, quienes lo amaban inmensamente por su bondad, por las ternuras que les brindaba y por los sabios consejos con que iluminaba sus vidas.

Limada y desgastada de muchas maneras su robustísima constitución se había debilitado; sin embargo, su mente continuaba siendo maravillosamente lúcida y su voluntad indomable; el fin se acercaba, aunque nadie pensaba que fuera tan pronto.

Después de haber asistido, el día 24 de Mayo, a las Bodas de Plata Sacerdotales del Rdm. P. Humberto Solís, ex alumno suyo, el P. Telmo acusó un ligero malestar que, no obstante las mejores atenciones, se convirtió de pronto en una peligrosa y rebelde "oclusión intestinal".

Habiéndose agravado improvisamente, la noche del 29 de Mayo, presentes los Hermanos, las Madres y los Aspirantes, se le administró solemnemente la Unción de los enfermos y el S. Viático, Sacramentos que recibió con plena lucidez y edificante fervor. Se le oyó exclamar: "Ofrezco esta Comunión por la perseverancia de los aspirantes... que sean siempre devotos de María Auxiliadora y Don Bosco!". Hacia la medianoche, obtenida una ambulancia de la vecina ciudad de Ibarra, se lo transportó por consejo del médico y como extrema tentativa, a la clínica S. Cecilia de Quito. Durante el viaje el enfermo descansaba quieto y tranquilo como un niño en su camilla; de vez en cuando hablaba y rezaba. No perdió nunca el conocimiento.

A los pocos minutos de ingresado a la clínica, improvisamente expiró, sin agonía ni estertores, serena y suavemente. Cesó de latir ese magnánimo corazón; se apagó la antorcha luminosa de esa vida que echara tantos y tan grandes destellos en torno de sí.

El sacerdote que lo asistía le dio la última absolución y le cerró los ojos, ante los pocos presentes conmovidos y el médico, que constató su defunción por "colapso cardio-respiratorio". Era la madrugada del 30 de Mayo, domingo de Pentecostés.

El cadáver fue transportado inmediatamente a Cayambe donde, colocado en la capilla ardiente del Colegio, fue visitado por una multitud incontable de personas durante todo el día; rezos y cantos se sucedieron ininterrumpidamente hasta horas de la noche. Parecía una meta de peregrinación. Espectáculo conmovedor fue el arribo de Carlos y Miguel, hermanos del difunto, y demás familiares procedentes de Quito.

Al día siguiente se realizaron las exequias que resultaron un verdadero triunfo. La S. Misa fue concelebrada por catorce sacerdotes, entre ellos el Rdm. Sr. Vicario de Cayambe. Llegaron condolencias de todas partes, testimonios fehacientes de la estimación de que gozaba el extinto y de la simpatía que reina en este Cantón por la Obra Salesiana. La lejana Rocafuerte, sabedora de la triste noticia, se revistió de luto.

Sacerdotes y religiosos, autoridades y pueblo, colegios y escuelas acompañaron los restos mortales del P. Telmo hasta el cementerio local donde, antes de ser colocado en el sepulcro, recibió en forma conmovedora el postrer saludo de su Comunidad, de los Salesianos de otras casas, de los aspirantes, familiares y amigos.

~~Queridos hermanos, estamos seguros que el P. Telmo Andrade desde el cielo es ahora un intercesor para todos nosotros, especialmente para la obra de las vocaciones; sin embargo, seamos generosos en ofrecerle nuestros abundantes sufragios.~~

Os suplico que en vuestras oraciones os acordéis también de esta casa de formación, especialmente de vuestro Afmo. en D.B.S.

P. Angel Bocalatte, Director.

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

P. TELMO MANUEL ANDRADE LOPEZ. Nació en Atahualpa - Perucho, Ecuador, el 21 de Enero de 1889. Murió en Cayambe el 30 de Mayo de 1971 a 82 años de edad, 58 de profesión y 46 de sacerdocio. Fue director por 24 años.